

editorial

¿Se debe continuar dando culto a la Eucaristía?

"He leído que es un error el guardar la Eucaristía en el tabernáculo, lo mismo que el exponerla a la adoración de los fieles en horas santas, etc. ... ¿Qué hay de verdad en estas afirmaciones?". (De una carta recibida en la Redacción de "ECA").

En las líneas que siguen vamos a responder a la pregunta de nuestro comunicante, que refleja una tónica de creciente confusionismo en el pueblo fiel, confusionismo producido por quienes —maestros y escritores— no se limitan a adaptar la exposición de la doctrina tradicional a los nuevos tiempos, sino que llegan a divulgar positivos errores contra la fe, como de ello se han quejado los Obispos en el Sínodo que celebraron en Roma en Octubre pasado.¹ Uno de los puntos elegidos por estos "innovadores" es precisamente este del culto a la eucaristía.

He aquí nuestra respuesta a la pregunta citada.

RESPUESTA:

El Santísimo Sacramento de la Eucaristía se consagra en la Santa Misa y se da en ella a los fieles que asisten a dicho acto. Al recibirla participan en el sacrificio de Cristo, reproducido en la celebración del sacerdote, así como en la vida divina de Cristo Redentor y este acto tiene un sentido plenamente escatológico y pascual. Es ante todo y sobre todo una "comida" instituida para que participemos mediante ella en el sacrificio de Cristo y es vínculo de unidad entre todos los cristianos.

Ahora bien: aunque la Eucaristía se realiza y se consume dentro de la celebración de la Santa Misa, a la que asiste el pueblo de Dios y que junto con el sacerdote recibe este sacramento de vida y participa en la realización del divino sacrificio, en el que "se inmola aquel mismo Cristo que se inmoló y se ofreció cruentamente a sí mismo en el ara de la Cruz", como explica el Concilio de Trento,² también es cierto que muy pronto una parte de las sagradas especies se reservó para ser llevada a los enfermos, a los encarcelados por la fe, a los cristianos a los que, por un motivo o por otro, no les había sido posible asistir a la Asamblea del Pueblo de Dios. Celebrándose estas Asambleas los fines de semana, había también a veces algunos fieles que llevaban con

gran reverencia las sagradas especies a sus casas, para consumirlas devotamente algún otro día durante la semana.

El guardar reservadas las sagradas especies es, pues, una costumbre casi tan antigua como la misma Iglesia y el símbolo del pez, para indicar el lugar de la iglesia donde se hallaban, es una señal que comienza con la primera pintura e iconografía cristianas. Hoy se conservan ejemplares bellísimos de este simbolismo hasta en las mismas catacumbas de Roma.

Por tanto, el venerar dichas especies y darles verdadero culto, nada tiene de extraño, cuando siempre creyó el pueblo cristiano que en ellas permanecía el Cuerpo de Cristo.

Y el que los fieles deban participar en el sacrificio actual de la misa y recibir con el sacerdote una porción del pan consagrado "en la misa" —como se aconseja por las disposiciones de la Liturgia del Vaticano II— no quiere decir que deba abandonarse la costumbre de la reserva en el tabernáculo, ni que los fieles no puedan, con mucho fruto de sus almas, adorar estas especies cuando quieran, acudiendo a nuestros templos a celebrar funciones eucarísticas, aunque siempre refiriendo esta presencia real de Cristo al sacrificio de la misa.

Véase lo que a este respecto nos dice el P. Santiago de Anítua, S. J.,

en su libro de próxima publicación "El Misterio de Cristo", en su Capítulo titulado "La Eucaristía cumbre del Misterio de Cristo y de nuestra participación en él". Dice así el P. Anítua:

"Dejando a un lado las auténticas herejías sobre la Eucaristía, —presencia puramente simbólica de Cristo, mero ágape fraterno de caridad, etc.— no podemos negar que hemos perdido en muchos aspectos el verdadero enfoque de este sacramento. Aquellas herejías medievales negaron el dogma de la presencia real, por acentuar el aspecto simbólico de la eucaristía. Y son herejías. Pero acentuaban un aspecto real del sacramento. En general podemos decir que los errores humanos, cuando nacen de una verdadera mente humana racional, son absurdos sin sentido: nacen de un fondo verdadero, al cual lo exageran convirtiéndolo en la realidad total. Son como las caricaturas, que no reflejan el ser real del caricaturizado, como lo hace la fotografía, pero ponen de relieve —exageradamente— alguno de sus rasgos característicos. Al insistir las herejías medievales en el aspecto simbólico sacramental de la Eucaristía, insistían en un aspecto

1.— Véase "ECA", Nov. 1967, pág. 687. En su discurso inaugural del Sínodo de Obispos señala también Paulo VI esta evidente y peligrosa desviación. En otras muchas de sus alocuciones ha puesto en guardia a los fieles sobre ello y en su Encíclica "Mysterium Fidei", de Septiembre 1965, ha desarrollado ampliamente la teología de este Sacramento. Véase en "ECA" de Septiembre 1966 pág. 205, el comentario "El aggiornamento en acción".

2.— Cap. II de la Sesión XXII.